

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

Pesetas

Mes.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10

PROVINCIAS

Tres meses.....	3
Semestre.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar..	8 pesos

CORRESPONSALES

25 números de EL MOTIN. 2,50

NÚMERO DE EL MOTIN

15 céntimos.

El Motin

ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria calle del Obispo, 55.

NÚMERO ATRASADO

15 céntimos.

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

OTRA VEZ EN CAMPAÑA

Me había propuesto, no callar, sino hablar menos de los males que aquejan al cuerpo republicano, pero veo que es imposible mientras no callemos todos.

El País, órgano del Sr. Zorrilla, ha publicado un artículo que no debo dejar sin contestación. No lo haría si fuese únicamente la expresión de lo que el colega cree, que siempre fui respetuoso con la opinión personal de mis compañeros en la prensa; mas como habla en nombre del Sr. Zorrilla, salgo de nuevo á la palestra.

Protesta El País contra la especie, que dice que ha corrido por círculos y tertulias de café, de que el Sr. Zorrilla andaba en tratos con Sagasta para deponer su actitud revolucionaria, entrar con sus amigos en la legalidad y trabajar en la obra del advenimiento pacífico de la República.

Creo que efectivamente es un chisme, y que, como tal, sólo merece desprecio. Pero vamos á cuentas. ¿Quién tiene la culpa de que los desocupados hablen de eso? El Sr. Zorrilla, y sólo el señor Zorrilla.

Desde que dijo que vendría á España á luchar por la República dentro de la legalidad, con amnistía, sufragio universal y revisión constitucional, cualquiera tiene derecho á razonar de este modo:

«El sufragio universal es ya ley; la amnistía se ha concedido; si Sagasta piensa llegar hasta la revisión constitucional, ¿qué de extraño tiene que procure saber de antemano si el Sr. Zorrilla está dispuesto á mantener su palabra?»

Y el que razonara así, dejaría de ser chismoso y difamador para convertirse en un hombre de buena fe que tomaba al pie de la letra las declaraciones del Sr. Zorrilla.

Después de desfogar su indignación contra los chismosos, El País exclama:

«Podemos, pues, asegurar, en primer término, que don Manuel Ruiz Zorrilla no piensa, en ningún caso, mientras la restauración impere, entrar en la vida legal.»

¿Qué entiende el colega por vida legal? ¿Pasarse á la monarquía? Entonces estoy conforme con él; el Sr. Zorrilla no cometerá nunca esa indignidad: se lo veda, además de su propio honor, la sangre derramada por su causa.

¿Entiende, por el contrario, que entrar en la vida legal es venir á España á luchar por el triunfo de la República en todos los terrenos? En tal caso el Sr. Zorrilla debe apresurar su regreso; que no vale más su honor que el de los emigrados á quienes obligó á venir, ni que el de ninguno de los que aquí luchamos, comenzando por el autor de ese artículo. Aquí estaba Serafín Vega cuando sublevó la guarnición de Badajoz; aquí Cebrián y los Sargentos fusilados en Santo Domingo; aquí Ferrnádiz y Vellés; aquí Villacampa y sus compañeros; y el estar aquí no les impidió, antes bien les facilitó, el cumplir como buenos. Por lo tanto no difaman al Sr. Zorrilla, sino que le honran, los que lo suponen inclinado á imitar á esos hombres leales, dignos, abnegados y valerosos.

Afirma después El País «que el Sr. Zorrilla defenderá siempre los principios que hoy, y el procedimiento revolucionario»; (lo cual no quita para que venga á España, donde estamos los demás que defendemos todo eso); «que su actitud será siempre la misma, mientras crea contar con elementos»; (lo que hace inexplicable el paréntesis

que abrió hace año y medio en Biarritz, porque, según dijo, no quería continuar agitando en el vacío); y por último añade:

«No, el Sr. Ruiz Zorrilla no entrará en la legalidad, no abandonará el procedimiento revolucionario, ni se declarará vencido porque el éxito no corresponda á su esfuerzo, y sólo abandonará la generosa lucha por el derecho hace tantos años comenzada, cuando todos los republicanos hayan probado que no quieren ni pueden continuarla.»

Más claro. Mientras haya Vegas, Prietos y Caseros que pierdan su carrera, Cebrianes y Mangados que sacrifiquen su vida, Villacampas que mueran en presidio, González que se resignen á pasar por aquí necesidades sin cuento, el Sr. Zorrilla no se declarará vencido. ¿Qué importa que el éxito no corresponda á su esfuerzo, (¡á su esfuerzo! ¡qué sarcasmo!) mientras haya hombres que luchen aquí para que él pase por revolucionario allá? ¿A qué preocuparse de lo que ocurrirles pueda á los que lanza á la lucha, en tanto que abundan fanáticos que escriban lo que luego copiaré de un periódico de Málaga?

Aparte de esto ¿qué quiere decir que el Sr. Zorrilla sólo abandonará la lucha cuando todos los republicanos hayan probado que no quieren ni pueden continuarla? ¿Trata de aparecer como el único revolucionario, como el único patriota? Pues no lo conseguirá. Todos queremos la lucha y podemos continuarla. Lo que no queremos es tener un general que mande á morir á sus soldados á docientos leguas de distancia; que no sepa siquiera preparar los movimientos á fin de no dejar comprometidas y perdidas las fuerzas que luchen aisladas; y que no corra todos los riesgos y acepte todas las responsabilidades.

Además, ¿cómo, y por qué medios va á comprobar el Sr. Zorrilla que los republicanos no quieren ni pueden continuar la lucha? ¿Cuándo los ha llamado? ¿En qué punto de España los ha citado, y no han acudido? ¿En qué plaza fuerte ha estado, y no los ha visto? ¿Al frente de qué guarnición ó qué partida se ha puesto, y lo han abandonado? ¿Qué sacrificio metálico ha exigido de los suyos, que no lo hayan hecho? Más motivos tienen los republicanos para suponer que el Sr. Zorrilla no quiere ni puede continuar la lucha, que él para decirlo de ellos.

Continúe el Sr. Zorrilla en París, si eso le agrada, mas no trate de conservar su prestigio revolucionario á costa del de los que permanecemos en España, los hombres de su partido inclusive; hombres que han hecho cuantos sacrificios les ha exigido, y que pueden encontrarse mañana envueltos en la censura de que no quieren ó no pueden continuar la lucha, cuando sin ellos no hubiese podido él ni iniciarla.

Comprendería que el Sr. Zorrilla se indignase, si alguien le propusiera ó aconsejara venir á España para ingresar en la monarquía; pero no que lo haga cuando se le dice que regrese para luchar con nosotros por el triunfo de la República. Viniendo, además de cumplir con su deber, evitaría que periódicos como ese de Málaga á que he aludido, le ofendieran con suposiciones de esta especie:

«¿Qué se pretendía del Sr. Ruiz Zorrilla? ¿Que sin ser militar montase á caballo y se presentara en los Pirineos al frente de una partida republicana, para conquistar el poder dando batallas y sitiando plazas? ¿Por qué se le acusa? ¿Por qué no ha venido á España á ponerse al frente de la revolución y ser fusilado en la primera intentona? ¿Esto es absurdo, estimado colega!»

¿Absurdo el pretender que un jefe revolucionario se ponga al frente de los que compromete, y que, sin ser militar, se bata?

¿Qué contestarían á esto, si viviesen, los que se llamaron Sixto Cámara, Rivero, Guillén, Carvajal, Bohorquez, Dulong, y tantos otros como se batieron por la libertad ó perdieron la vida por la República, antes y después de la revolución de Septiembre? ¿Qué dirán los que viven, y, sin ser militares, pelearon en Valladolid, Zaragoza, Sarriá y otros puntos en los primeros días del 74, y están dispuestos á hacerlo de nuevo cuanto se presente ocasión?

¡Ah! Si el Sr. Zorrilla hubiese entrado en España en cualquiera de los movimientos intentados, quizás la fortuna nos hubiese favorecido. El ánimo que hubiera perdido el gobierno lo habríamos tomado nosotros, y lo que empezó por una insurrección militar pudo haber terminado por una revolución del pueblo. Esto sin contar con que en Badajoz hubieran sabido á qué atenerse, y en Madrid se hubiera adoptado otro plan.

Pero no hablemos del pasado, y avergoncémonos de un presente en que hay quien supone que un hombre de honor y de los antecedentes del señor Zorrilla, pueda dejar de venir por miedo á los riesgos que otros afrontan por la misma causa que él defiende. ¡Y el periódico que así escribe se llama correligionario suyo!

Ha sido necesario que el fetichismo nuble muchas inteligencias, para que aquí, en esta España, donde lo mismo liberales, que republicanos, que carlistas, han creído siempre honroso y obligatorio el pelear por el triunfo de sus ideales respectivos; donde apenas hay un palmo de tierra que no guarde los restos de un mártir ni un pueblo que no tenga la leyenda de un héroe, se atreva nadie á calificar de absurdo el que el Sr. Zorrilla se hubiera puesto una vez siquiera al frente de los que, sin reparar en las consecuencias, se alzaron por la República.

Cuando se llega á tales extremos, y se llama adhesión á la idolatría, y lealtad á la ceguera, y disciplina al rebajamiento; cuando se quiere colocar á un hombre sobre el partido que lo elevó y lo sostiene y sin el cual nada sería, la tristeza se apodera del ánimo y se cierran los ojos para no ver anticipadamente sombras en el cielo del porvenir.

JOSÉ NAKENS.

CONTRA LA UNION

En Marzo de 1886 publicó la prensa el documento siguiente:

BASES

DE COALICIÓN CONVENIDAS ENTRE EL PARTIDO REPUBLICANO FEDERAL Y EL PARTIDO REPUBLICANO PROGRESISTA.

1.ª Afirmar y defender como principios comunes los derechos de la personalidad humana y el sufragio universal, y la República como la forma esencial de la organización democrática del poder público.

2.ª Luchar unidos para la realización de sus comunes aspiraciones por todos los medios legales, y aún por aquellos extraordinarios que la opinión pública reclama y la justicia sanciona cuando son sistemáticamente conculcados los derechos individuales ó sistemáticamente detentada la soberanía del pueblo español; procediendo en uno y otro de previo y común acuerdo, y guardando entre sí las naturales relaciones de perfecta igualdad.

3.ª Aceptar como legalidad provisional desde el establecimiento de la República hasta la reunión de las Cortes, los artículos de la Constitución de 1869 y de la ley municipal de 1870, compatibles con estas bases y



D. Aurelio Blasco Grajales.

con la forma de gobierno republicana; sin que se entienda en manera alguna, que la aceptación de esta legalidad provisional prejuzgue la cuestión relativa á la organización de la República.

4.^a Constituir un gobierno provisional en que tengan justa representación todos los partidos que concurren al triunfo de la República.

5.^a Convocar dentro de un breve plazo Cortes Constituyentes, en condiciones que hagan realmente imposibles toda acción de intervención del gobierno y de las autoridades locales en las elecciones.

6.^a Someterse á la Constitución que decreten las Cortes, obligándose recíprocamente, cualquiera que sea la forma que se dé á la República, á no perseguir fuera de los medios legales la realización de sus peculiares aspiraciones.

7.^a Declarar que esta coalición no es obstáculo para que cada partido defienda y propague, antes como después de la proclamación de la República, sus peculiares doctrinas.

8.^a Procurar por los medios más eficaces que esta coalición responda al decidido propósito de que el establecimiento de la República, más que obra de partido, sea una obra nacional.

Por el partido republicano federal. Francisco Pi y Margall.—Por el partido republicano progresista, Nicolás Salmerón.—Francisco de Paula Montemmar.—Bernardo Portuondo.

Como se vé, el Sr. Pi, uno de los firmantes, no exigía entonces para traer la República, ni el reconocimiento previo del principio de las autonomías municipal y regional, ni menos la fusión de todos los republicanos bajo un programa común, (el suyo), cosas que hoy considera indispensables para que podamos entendernos.

Rota aquella coalición por el Sr. Pi á raíz de un fracaso revolucionario, el partido republicano continuó fraccionado, hasta que en 1889 el marqués de Santa Marta inició la coalición de la prensa y luego la nacional, que combatió el Sr. Pi desde el primer instante y por todos los medios, por más que en su parte sustancial no difería de la pactada en 1886.

Causas completamente ajenas á la voluntad de su iniciador dieron también al traste con la coalición nacional, pero el pueblo, ansioso de unión ó concordia, ha continuado pidiéndola y conminando á los jefes para que la hagan.

El Sr. Pi, faltándole valor para confesar que no la quiere, pero deseando al mismo tiempo que no se haga, comenzó en las Cortes por ponerse enfrente de las demás fracciones, atacando al ejército, al clero y á las clases pasivas en términos impropios de un hombre de Estado, y ha concluido por pedir la fusión bajo su programa, sabiendo que así no se llegará nunca á la unión deseada por todos. Por esto en vez de la unión, pide la sumisión, la humillación.

En el número 96 de su periódico, publica un artículo acerca de la unión republicana, que la hace completamente imposible. En él ataca, sin nombrarlo, al señor Salmerón, por que califica (y nosotros con él) de insensato lo del programa común; y para cerrar la puerta á toda esperanza de concordia, afirma el Sr. Pi que lo primero que debe hacer la República es proclamar las autonomías municipal y regional.

Si el Sr. Pi tuviera especial empeño en matar la República al nacer, ó aumentar las dificultades con que ha de luchar, ó allanar el camino á los carlistas, no lo haría mejor. En los primeros instantes, donde toda la unidad de acción será poca; donde, parodiando lo de un sólo rebaño y un sólo pastor, podríamos decir que necesitaremos comulgar en un sólo propósito y tener una sola voluntad, únicamente á un enemigo declarado é irreconciliable de la República se le ocurriría introducir en España el barullo y la confusión que forzosamente había de presidir á cambio tan radical.

Quisiera saber de dónde ha sacado ahora el señor Pi ese amor furioso al programa común, él, á quien la palabra unión asustaba y sólo admitía la de coalición; por qué no se contenta hoy con lo que firmó en 1886, que, entre otras ventajas, tenía la de dejar al pueblo árbitro de sus destinos; y qué inconveniente hay para que acepte como legalidad, hasta que las Cortes decidan, los artículos de la Constitución de 1869 y de la ley municipal de 1870 compatibles con las bases que el 86 aceptó y con la forma de gobierno republicano.

Por otra parte ¿quién le ha dicho al Sr. Pi que el pueblo quiere las autonomías en la forma que él las predica? ¿Qué democracia es la suya, que pretende imponérselas á la nación, sin aguardar á que ella manifieste su voluntad? ¿Es manera de respetar las autonomías el establecerlas por decreto, y decirle al pueblo: «eres autónomo, pero forma las regiones tal cual yo te ordeno?»

Y al municipio que no quiera formar parte de la región que se le señale, é invoque la teoría del pacto para pertenecer á otra ó campar por su respeto ¿va á obligarle el Sr. Pi á depender de la región

que á él se le antoje? ¿Qué es en tal caso la autonomía, ni qué es el pacto?

A otro hombre que no tuviese el talento que el Sr. Pi, habría que decirle que no sabía lo que se decía; á él habría que calificarlo mas duramente, porque sabe bien adonde va: á impedir la unión para que no pueda venir la República, y si por azar viniese, á hacerla imposible desde el primer instante.

POR SI ACASO

En tanto que pendiente de la boca del clérigo, la gente escuchaba en Vitoria la milagrosa historia del bienaventurado San Vicente; cuando en los corazones de los fieles, el celo religioso se avivaba, y del cura las razones devolvían la calma y el reposo al alma, que turbaron las pasiones; cuando más arraigada la fe por aquel santo profesada en el concurso entero parecía, y en todos los semblantes retratada la confianza en el cielo se veía; la llama de una vela incendió el manto ó las faldas del santo, y al dosel del altar se extendió el fuego. Mas ¡oh serenidad! ¡oh fortaleza! ¡cómo brilláis en el creyente ciego! ¡Con qué santa firmeza, en el celeste auxilio confiados, la beata, el cofrade y el devoto, entre horrible alboroto de la iglesia salieron escapados, dejando ésta desierta y al sermonero con la boca abierta! ¡Ay! pero no es extraño que espantado el rebaño olvidara, al oler á chamusquina, la protección divina, pues también el pastor, valientemente salió de naja huyendo de la quema en cuanto vió que ardía San Vicente. Y esto de que un obispo también tema el verse en la ocasión desamparado y un desperfecto con huir se ahorre, hace que venga aquí pintiparado lo de «fia en la Virgen, pero corre».

LA OPINIÓN REPUBLICANA

La *Avanzada*, de Barcelona, publica un artículo al que pertenecen estos párrafos:

«Vive aún en nuestro partido el personalismo. Sufre de tarde en tarde quebrantos y á veces eclipses, pero no muere.

Resulta monstruoso que tenga Calomardes un bando que delira por la autonomía individual, es decir, por la libertad más completa. Y sería bufo, si no infundiera tristeza, ver agrupados sólo para servir á un hombre á ciudadanos en cuyos labios suenan á menudo conceptos democráticos.

Parece que se olvida que la independencia es condición de decoro, y que los federales todos, como individuos y como partido, estamos en el caso de no tolerar la tiranía de un insensato orgullo, más fecundo en payasadas que en actos sellados por la nobleza.»

«Algunos, hostigados por la gratitud á quien da el mendrugo, ó por sospechosa vanidad, han viciado los moldes del partido para dar cabida á un pequeño jefe, quizás apto para gobernar su casa, pero á todas luces inepto para dirigir hombres. El llamado jefe, á imitación de esos plebeyos hechos nobles por el golpe de gracia de la monarquía, ha querido hacer pasar como serio su ridículo mando, y viene desde algún tiempo sudando la gota gorda por sacar algún lustre á sus vulgares dotes.»

Todo esto va directamente contra el jesuita Vallés, y por tabla contra el Sr. Pi, que tolera tal estado de cosas. Y esto demuestra que el hábito no hace al monje, y que entre los pactistas se albergan Calomardes que todas las autonomías juntas no pueden derrocar, lo cual confirma lo que en otro lugar digo.

En otro artículo dice el mismo periódico, describiendo una sesión del Consejo Regional:

«El interés de la sesión lo compartieron la injusticia y la concordia. Desde los comienzos echó de verse que las antes comprimidas pasiones andaban sueltas y libres. Salieron á la superficie envenenados odios, y se abrieron los labios para emitir reticencias, sarcasmos, acusaciones, veladas amenazas, cuyo conjunto fué un verdadero repique general de declaraciones de guerra á muerte entre los dos bandos en que se ha bifurcado la grey del personalismo.»

Si es esta la Jauja que el Sr. Pi asegura que vamos á habitar cuanto se proclamen las autonomías municipal y regional, renuncio generosamente á ella desde luego.

La *Unión Republicana*, de Córdoba, dijo á La *Unión Republicana*, de Pontevedra:

«Los órganos del partido republicano deben distinguirse en hablar el lenguaje de la verdad, sin consideración alguna á los ídolos que nos han traído al estado de postración en que hoy nos encontramos.

Todos nuestros prohombres de primera, segunda y tercera fila aseguran que desean la unión, y, sin embargo, la unión no se hace. ¿Por qué? Ahí está el secreto. Ninguno quiere abdicar de lo que considera sus derechos, y siembra el camino de obstáculos.

Hay que romper los moldes en que se han fundido los viejos partidos, y entregar á la juventud democrática las riendas del poder, para que ésta vigore con su sangre el nervio del partido republicano; y mientras no se haga esto, no habrá más que pasteles... pasteles... y pasteles.»

Y La *Unión Republicana*, de Pontevedra, contesta á La *Unión Republicana*, de Córdoba:

«Sí, señor, todo está envejecido; ideas y moldes, los hombres y los procedimientos. A regenerar, pues; á rejuvenecerlo todo de un solo golpe y sin contemplación á cosas y personas.

Esos hombres fronterizos á la democracia, que están con la cabeza en la República y los pies en la monarquía; que juegan con dos barajas; que piden un programa común, y que, aplaudiendo la unión, ponen, sin embargo, chinitas en el camino, se precinde de ellos, sea cual fuere la altura en que se hayan ó les hayamos colocado; y adelante el concierto entre todas las provincias, mediante la inteligencia de los republicanos de buena voluntad.»

Para comprender la importancia de esta contestación, hay que dar una explicación previa.

La *Unión Republicana*, de Pontevedra, defendió la idea de ir á la unión con los jefes ó sin los jefes; cuando estuvo en Galicia el Sr. Pi le dió explicaciones sobre esa frase, se entusiasmó con él, y se comprometió á dar una fórmula para la unión; ha publicado un artículo acerca de este asunto, y hoy ya truena contra los que juegan con dos barajas, y que piden un programa común, aplaudiendo la unión, pero poniendo, sin embargo, chinitas en su camino.

El mejor día vuelve á darme la razón, como me la ha dado otras veces, lo cual me llenará de orgullo, por ser un colega muy ilustrado.

Leo en *El Progreso*, de Vigo:

«La causa eficiente del sostenimiento de la realza al frente de los destinos públicos, es nuestro apocamiento, nuestra falta de patriotismo y nuestro orgullo.»

«¿Hay, ó no hay republicanos en España? No basta pronunciar discursos; no basta hablar de autonomía, de federación, de centralismo ni de progresismo; no basta hablar de libertad, de derechos, de fraternidad; es necesario algo más, algo de interés en el cumplimiento de todos esos principios reflejados en todos los órdenes de la vida.»

«Al paso que vamos y por el derrotero que seguimos, la muerte de la democracia es segura, y sus asesinos son los republicanos mismos.»

Choque usted, compañero.

MANOJO DE FLORES MISTICAS

Un periódico que los jesuitas tienen en Orihuela, cuenta que en Italia hay una virgen que abre y cierra los ojos y cura á los sordo-mudos.

Los que abrirán seguramente tamaños ojos al leer la noticia, serán los frailes que no tengan una virgen parecida para hacer soltar el dinero á los fieles que se hagan los sordos.

Cinco mil reales le han robado al cura de San Mateo unos ladrones.

Pero no los insultemos; tal vez no han sido más que el instrumento de que se ha valido el cielo para hacer cumplir el voto de pobreza al referido sacerdote.

¿Que si sé lo que le ocurrió á una joven en la casa de un cura del pueblo de Navia?

No, pero lo supongo.

¿Que si son brutos los dos frailes que en la plaza pública de Alcázar de San Juan predicán misterios?

Si; y esto no es un misterio para nadie.

ALMANAQUE DE «EL MOTIN»

PARA 1893

Lo hemos puesto á la venta. Cubierta y doce láminas al cromo. Doscintas páginas. Texto escogido en prosa y verso.

UNA PESETA

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.